

EL RITUAL DE LOS MUSGRAVE

En cuanto á la mujer, no se ha vuelto á oír hablar de ella. Seguramente logró salir de Inglaterra y refugiarse en algún país lejano, donde vivirá oyendo eternamente la implacable voz de su conciencia.

EL "GLORIA SCOTT,"

Una tarde de invierno estábamos sentados junto al fuego Sherlock Holmes y yo. Mi amigo se entretenía revolviendo y hojeando papelotes. Yo fumaba silenciosamente.

—Aquí hay, amigo Watson—dijo de pronto,— algo que os interesará. Son los documentos referentes al *Gloria Scott*, cuya historia prometí contaros cuando hablamos del Ritual de los Musgrave, ¿os acordáis? Aquí tenéis la carta que ocasionó la congestión del juez de paz Trevor.

Y mientras hablaba sacó de un estuche, roído por el orín, un medio pliego de papel gris, sobre el cual estaban escritas con lápiz las líneas siguientes: «Acabó nuestro depósito de caza para la risa. Ahora el guardabosque Hudson ha recibido y dicho en su telegrama: *Todo y salvad el faisán hembra, vuestro favorito, el de la cabeza moñuda.*»

Yo levanté la cabeza lleno de asombro. Holmes sonreía irónicamente.

—Parece que os ha llamado la atención esta cartita.

Me encogí de hombros.

—Como que no comprendo por qué causó la impresión que decís. Yo no veo más que unos cuantos párrafos incoherentes...

—Estoy conforme. Pero también es innegable que, leyendo esos párrafos, un viejo sano y fuerte cayó al suelo como herido de un mazazo en el cráneo.

—¡Ah! Entonces debe ser muy interesante la historia.

—Algo. Fué la primera en que trabajé seriamente.

La ocasión deseada hacía tanto tiempo llegó por fin. Muchas veces rogué á Sherlock que me contara, sin conseguirlo, los comienzos de su carrera de *detective*. Y hoy, sin yo pedirselo, mi amigo se arrellanó en el sillón, encendió la pipa y, con la mirada fija en las ondas humosas, empezó á hablar.

—No creo que me hayáis oído hablar nunca de Víctor Trevor. Y, sin embargo, éste fué el único amigo íntimo que tuve durante mis dos años de colegio. Ya sabéis, Watson, que yo he sido toda mi vida algo refractario á la sociedad y hallé siempre más encanto en soñar á solas que en hablar en compañía. Pues bien; ya en el colegio empezaron á manifestarse estas manías. Aparte del boxeo y de la esgrima, mis estudios y mis aficiones no tenían nada de común con los de mis compañeros. Sólo Trevor, según os dije antes, llegó á ser mi amigo, mi verdadero amigo.

El principio de nuestras relaciones no pudo ser más vulgar ni más molesto. Una mañana, al dirigir-

me á la capilla, el *bull-terrier* de Trevor se lanzó sobre mí é hizo presa en una de las piernas. Caí enfermo y no tuve más remedio que guardar cama durante diez días. Al principio, Trevor no me hacía más que visitas cortas para enterarse del estado de mi salud y cruzábamos algunas palabras vulgares y corteses. Pero poco á poco fueron menudeando y alargándose, y al llegar las vacaciones éramos los mejores amigos del mundo. Trevor era un mozo sanguíneo y fuerte, lleno de entusiasmo y de energía. Hablaba á gritos y reía frecuentemente; era, en una palabra, la antítesis de mi modo de ser. Quizás por esto simpatizamos, y cuando me invitó á pasar una temporada en Donnithorpe, en casa de su padre, acepté muy gustoso.

El Sr. Trevor era un hombre rico, que á fuerza de honradez y de rectitud había logrado el puesto de juez de paz en aquel pueblo, donde todos le consideraban y le bendecían. Vivía en una casa antigua de ladrillo, á la cual se llegaba por un hermoso camino de tilos. Caza y pesca abundante en las cercanías. Una biblioteca no muy considerable, pero bien escogida, seguramente por el anterior propietario. Como comprenderéis, era un sitio agradable y encantador para pasar dos meses alejado de la ciudad y olvidado de sus infamias y ajetreos.

El Sr. Trevor quedó viudo con dos hijos, Víctor y una muchacha, que á los pocos meses murió de la difteria en Birmingham. Dotado de una gran energía física y moral había suplido ventajosamente su

falta de cultura con la experiencia adquirida en sus viajes por tierras lejanas, donde hay que luchar cara á cara con la vida. Era alto y rudo, la cabellera gris y rebelde, los ojos azules, de un azul frío y hostil, y sin embargo, Trevor tenía fama en la contornada de ser un hombre bondadoso y caritativo, lleno de indulgencia para los errores de los demás.

Una noche, después de cenar, mientras saboreaba una copa de Oporto, empezó Víctor á ensalzar mis manías deductivas y observadoras, que ya en aquella época estaban profundamente arraigadas en mí, aunque ignoraba que llegarían á constituir la única ocupación de mi vida. Indudablemente el viejo creyó que su hijo exageraba algo y me dijo con acento algo bonachón y algo irónico.

—¡Hombre! A ver, Sr. Holmes, si acertáis algo de mi vida pasada.

—Por de pronto—contesté—y aunque no estoy muy seguro de ello, me parece que desde hace un año teméis una agresión.

Trevor palideció y se me quedó mirando lleno de asombro.

—Habéis acertado. ¿Recordáis, Víctor—continuó volviéndose hacia su hijo—aquellos bandoleros del año pasado? Recordaréis que nos sentenciaron á muerte y que yo, desde entonces tomé mis precauciones, no me fuera á suceder lo que al pobre Eduardo Hobny. ¿Pero cómo demonios habéis podido descubrir eso, Sr. Holmes?

—Muy sencillo—repuse.—Castáis un bastón muy

fuerte y casi nuevo; además le quitásteis el puño que tenía antes y le habéis puesto una bola de plomo. Por todas estas observaciones he deducido que desde hace algún tiempo temíais una agresión.

—Está muy bien. ¿Y qué más?—continuó sonriendo.

—Habéis boxeado mucho cuando joven.

—En efecto. Pero me parece que no me falta ningún ojo ni tengo la nariz rota para que...

—No hacen falta esas señales. Basta con observar que vuestras ojeras son aplastadas y gruesas como las de todos los boxeadores.

—¿Y qué más?

—A juzgar por las callosidades de las manos, habéis manejado bastante la piqueta y la pala.

—Sí. Hice toda mi fortuna en las minas de oro.

—Habéis estado en Nueva Zelanda.

—Es verdad.

—Habéis estado en el Japón.

—Verdad también.

—Y habéis tratado con muchísima intimidad á una persona cuyas iniciales eran J. A., y á la cual procurásteis olvidar luego por todos los medios posibles.

El Sr. Trevor se levantó lentamente, mirándome, clavándome la mirada de sus ojos azules. Luego cayó de bruces sobre el mantel.

—Ya comprenderéis, Watson, qué impresión nos causaría esta escena á su hijo y á mí. Por fortuna, el desmayo no fué largo. Le desabrochamos el cue-

llo de la camisa, le rociamos el rostro con agua, y al poco rato el padre de Victor volvía en sí...

—¡Cuánto siento, hijos míos—dijo con un suspiro hondo y doloroso,—cuánto siento haberos dado este mal rato! A pesar de mis apariencias de robustez, empiezo á padecer del corazón y cualquier cosa me trastorna. ¿Sabéis, querido Holmes, que al lado vuestro los detectives más hábiles no son más que niños de teta? Creedme, amigo Holmes; yo creo que debéis seguir esa carrera, pues indudablemente os esperan muchos y beneficiosos triunfos.

Quizá estas palabras fueran el primer rayo de luz que me señaló mi futuro destino y las que me hicieron ver que lo que empezó siendo un entretenimiento podía ser una profesión. No obstante, en aquellos momentos estaba demasiado aturdido para pensar en nada, y lleno de ansiedad murmuré:

—Sentiría mucho, Sr. Trevor, haberos dicho algo que os molestara.

—¡Caramba! Realmente habéis tocado una cuerda bastante sensible... Pero ya pasó. ¿Queréis decirme ahora en qué indicios os habéis apoyado para adivinar todo eso?

Hablaba fingiendo un tono burlón y despreocupado muy poco en armonía con la expresión temerosa y asustada de sus pupilas azules.

—¡Bah! Es tan sencillo como lo anterior. ¿Os acordáis de la partida de pesca que organizamos hace unos días? Recuerdo que para pescar os remangásteis las mangas de la camisa, y entonces ví en el

brazo izquierdo tatuadas las letras J. A. Como están un poco borrosas y el color de la piel próxima al tatuaje tiene distinto color que en el resto del brazo, comprendí que habíais intentado varias veces borrar aquellas letras, y que, por lo tanto, que procurábais olvidar un nombre que os fué muy querido en otros tiempos.

El Sr. Trevor lanzó un suspiro y dijo sonriendo:

—¡No he visto una cosa semejante!... Pero la verdad, no tengo deseos de que continuéis adivinando; no hablemos más de ello. Siempre es muy doloroso evocar los años que fueron y recibir añejas sensaciones. ¿Vamos al billar? Fumaremos plácidamente un cigarro.

A partir de aquel día, observé que, á pesar de su forzada atención y solicitud, no podía disimular el juez cierto recelo y cierto malestar en mi presencia. Su hijo también lo notó, y entre los tres se estableció una corriente de reserva y huyeron los días felices, libres de cuidados y preocupaciones. Entonces decidí abandonar Donnithorpe.

La víspera de mi marcha ocurrió un acontecimiento que acarreó otros muchos más graves y terribles.

Estábamos sentados sobre el césped, gozando del buen sol y del hermoso paisaje de los Broads, cuando llegó un criado diciendo que un hombre deseaba hablar con el Sr. Trevor.

—¿Ha dicho su nombre?—preguntó el juez.

—No ha querido decirlo.

—¿Y qué desea?

—Dice que es un antiguo conocido vuestro y que no quiere más que deciros unas palabras.

—Está bien. Decidle que venga.

Un momento después se presentó un hombrecillo, cuyos modales zafios y groseros me chocaron desde el primer momento. Llevaba una blusa llena de manchas de brea, una camisa de cuadros rojos y negros, pantalón mugriento y unas botas muy traídas y llevadas. Su rostro, escuálido y curtido por el sol, carecía de franqueza; una sonrisa cruel dejaba ver los dientes desiguales y amarillentos, y las manos, de dedos cortos y nudosos, decían claramente que aquel hombre era un marino, por la costumbre de llevarlas medio cerradas. Al verle aparecer á lo lejos, el Sr. Trevor dió un salto y corrió hacia la casa. Cuando volvió despedía intenso olor de aguardiente.

—¿Qué deseáis, buen hombre?—dijo con voz alterada.

El marinero tardó un rato en contestar. Luego, y siempre con la sonrisa cruel y cínica entre los labios, contestó con otra pregunta.

—¿Qué? ¿Ya no os acordáis de mí?

El Sr. Trevor le miró fijamente, y con súbito asombro repuso:

—¡Calla! ¿Sois vos, Hudson?

—Sí, señor. Veo que tenéis buena memoria. Y eso que hace más de treinta años que no nos veíamos... Observo que gozáis de una posición envidiable, mientras yo ando por ahí en...

—Ya veréis como no me olvido del pasado—interrumpió el Sr. Trevor.

Inclinándose sobre el marinero le dijo algunas palabras al oído. Luego, levantando la voz, añadió:

—Id á la cocina y os servirán de comer. Mientras tanto procuraré encontraros una colocación.

—Muchas gracias—contestó el marinero con su eterna sonrisa.—Precisamente he hecho una larga travesía y necesito descansar algún tiempo. Estaba seguro de que me acogerían con mucho gusto aquí ó en casa del Sr. Beddoes.

—¡Ah! ¿Sabéis donde vive Beddoes?

—Ya lo creo. Conozco perfectamente el paradero de todos mis antiguos amigos. Con vuestro permiso.

Y sonriendo siempre se inclinó ante nosotros y siguió al criado encargado de conducirle hasta la cocina.

El Sr. Trevor nos explicó en pocas palabras que aquél hombre fué compañero suyo en las minas. Al poco rato se levantó, y lentamente, con la cabeza inclinada sobre el pecho, se dirigió hacia la casa. Una hora más tarde lo encontramos completamente borracho sobre el sofá del comedor. Como comprenderéis, este suceso me causó mala impresión y cuando partí al día siguiente, me pareció más hermoso el campo, más alegre el sol, más amable la vida.

Volví directamente á Londres, y durante mes y medio me consagré por completo á mis estudios y experiencias de química orgánica. Un día, mediado

ya el otoño, recibí un telegrama de mi amigo Victor, rogándome que fuera inmediatamente á Donnithorpe, porque necesitaba con toda urgencia mi ayuda y consejos. Dejé todo y aquella misma tarde salí de Londres.

Victor Trevor me esperaba en la estación; en cuanto le ví, comprendí que debía de haber sufrido mucho durante mi ausencia. Aquella fogosidad y aquel entusiasmo de los días escolares habían desaparecido, y en vez del compañero siempre dispuesto á la broma, hallé un hombre melancólico y flaco que hablaba con palabras breves y precisas.

Al verme se dejó caer en mis brazos diciendo:

—Mi padre se está muriendo.

—¿Es posible?—exclamé.—¿Qué tiene?

—No sé... Congestión... los nervios... Tal vez cuando lleguemos á casa lo encontremos muerto.

—¿Pero qué le ha pasado?—pregunté lleno de asombro.

—Eso es lo que no sé. Pero subamos al coche. Por el camino hablaremos.

Salimos de la estación; y ya dentro del carruaje, atravesando los caminos dorados por el sol otoñal, Victor continuó:

—¿Os acordáis de aquel individuo que vino la víspera de vuestra marcha.

—Sí.

—Pues bien; ¡aquel hombre era el demonio, querido Holmes, el demonio!

Yo le miré estupefacto.

—Desde su llegada no volvimos á tener una hora, una sola hora de tranquilidad. Mi padre no volvió á levantar cabeza, y, por último, ahora le va á costar la vida, y muere con el corazón roto y el alma detrozada... ¡Todo por ese maldito Hudson!...

—Pero... ¿qué poder podía tener sobre vuestro padre un hombre de esa especie?

—Eso es lo que no me puedo explicar. ¿Por qué mi padre, que era tan bueno, tan noble, tan generoso, se dejaba dominar por un bandido? En vos confío, Holmes, sólo vos podéis descifrar este enigma.

Hubo una pausa. Hasta nosotros llegaban claras y sonoras las pisadas del caballo sobre la carretera, y á través de los cristales ví en la lejanía las altas chimeneas de la casa de los Trevor. Al poco rato, mi amigo continuó:

—Mi padre empleó á Hudson como jardinero; luego como este trabajo no era de su gusto, ascendió á mayordomo, y al poco tiempo era el dueño de nuestra casa y nada se hacía sin su consentimiento. Como se quejaban las criadas de sus borracheras y de su comportamiento sobrado grosero, mi padre las aumentó la soldada para indemnizarlas de aquellas molestias. Hudson se apoderó de la lancha y del fusil de mi padre, y durante días enteros se dedicaba á cazar y á pescar sin cuidarse de nada ni respetar nada, y todo esto, con tal insolencia, con tales sonrisas de ironía, que muchas veces tuve que contenerme para dejarme caer sobre él y patearlo con todas mis fuerzas.

Pero un día ya no pude más, y á raíz de un altercado que tuvo con mi padre delante de mí, lo cogí por los hombros y lo eché del cuarto. Se puso livido, y desde la puerta me miró con una de esas miradas que no se olvidan nunca. Ignoro lo que pasaría luego entre él y mi padre; pero á la mañana siguiente vino éste á rogarme que le pidiera perdón al mayordomo. Me negué rotundamente, reprochándole que consintiera tales desvergüenzas y altanerías á un criado.

—¡Ay, hijo mío!—me contestó.—¡Cómo se conoce que no comprendes mi situación! Pero llegará un día en que lo sepas todo, y entonces compadecerás profundamente á tu pobre padre.

Y diciendo estas palabras, salió de mi cuarto para encerrarse en el suyo. No salió en todo el día, y por la noche, cuando nos reunimos en el comedor, creí que había vuelto la época de tranquilidad, pues Hudson nos anunció que estaba dispuesto á dejar la casa.

—Estoy cansado de Norfolk—dijo con ironía.—Ahora voy á pasar otra temporadita en el Hampshire, en compañía de nuestro amigo el Sr. Beddoes.

—¿Espero, querido Hudson—murmuró mi padre con tal humildad que me enfureció—que no nos guardaréis rencor alguno?

El mayordomo se volvió hacia mí, y mirándome de pies á cabeza, dijo:

—No he recibido las excusas de vuestro hijo.

—Victor—suplicó mi padre;—confesad que habéis estado un poco duro con este buen hombre.

Aquella humillación me puso fuera de mí.

—Al contrario—contesté.—Creo que tanto vos como yo, hemos tenido demasiada paciencia con este... hombre.

—¿Ah, sí? Está bien, patrón. Ya nos veremos.

Salió del cuarto contoneándose y sonriendo con su eterna sonrisa. Aquella misma noche dejó nuestra casa, y desde entonces mi pobre padre no sabe lo que es reposo, ni días tranquilos, ni duerme una sola noche. Y cuando parecía que iba olvidando lo pasado...

—¿Qué pasó?—interrumpí sin poder contenerme...

—Recibió una carta fechada en Fordingbridge que debía contener algo muy terrible á juzgar por el efecto que ha causado. No hizo mi padre más que leerla, y llevándose las manos á la cabeza empezó á correr y á gritar como un loco. Cuando logré sujetarlo y sentarlo en el sofá, ví que tenía la boca contraída, los ojos fuera de las órbitas y todo él tan convulso que hice llamar inmediatamente á nuestro doctor, el Sr. Fordham. Lo acostamos, sobrevino la parálisis y mucho temo que ya no le encontremos con vida.

—¡Pero eso es horrible, Trevor!—exclamé.—¿Qué decía esa carta?

—Nada. Eso es lo verdaderamente inexplicable. La carta no puede ser más absurda. Figuráos que... ¡Dios mío! ¡Ya sucedió lo que yo temía!...

Seguí la dirección de su mirada y ví que las ven-